

Enrique
González Rojo

Para deletrear el infinito

(1975-1981)

editorial 
la palabra del viento

El antiguo relato del principio



ENRIQUE GONZALEZ ROJO

LA VIDA SEXUAL
PASA COMO UN SOPLO POETICO
POR TODA LA BESTIADA.
POR ESO, QUE BUENO ES DESCUBRIR,
ESCONDIDO EN UNA HOJA,
Y A LA LUZ DE LA LUNA DE
UN BELLO
SOMOS
CONSUMOS
MIEL
R-MS



*A Efraín Huerta
poeta independiente del Estado
y de las mafias*

CUANDO LA PLUMA TOMA LA PALABRA

Estoy dedicado, pues, a la tremenda tarea de deletrear el infinito. Deletrearlo, sí, porque mi pluma, incapaz tanto de ignorarlo cuanto de conocerlo, sólo puede balbucirlo. ¿Qué significa, entonces, "deletrear el infinito"? En primer lugar tematizarlo, tenérselas que ver con él, tomarlo por los cuernos, convertirlo en *el* personaje del drama. Ya en el libro que publiqué en 1972, y en que coloco al hombre y su historia en medio de una naturaleza ilimitada, hago del infinito *mi* tema. Pero así como el infinito, para decirlo en lenguaje filosófico, es el agregado infinito de finitos, este tema no es otra cosa que el tema de los temas. Hablar del infinito es hablar de todo. Estoy dedicado, pues, a la tremenda tarea de hablar de todo, o deletrearlo o balbucirlo. No de conocerlo todo, lo cual es imposible (porque el conocimiento es infinito) sino de referirme, balbucientemente, a todo.

Pero para "deletrear el infinito" se precisa, en segundo lugar, no sólo hablar de él, intentar comprenderlo, dedicarle las estrofas más intencionadas que me sea dable pergeñar, sino también vivirlo, realizarlo, ponerlo en movimiento. Me interesa, en consecuencia, no sólo aludir al infinito, sino encarnarlo, convertirlo en acción. Mi poesía no pretende únicamente poseer una actitud contemplativa y teórica. Desea emprender el infinito. Ser, en una palabra, tan infinita como el infinito mismo. Este insólito deseo de "practicar el infinito" es la razón de fondo que me ha llevado a la idea, que le da sentido a mi vida literaria, de que el extenso poema ya publicado en 1972, se me vuelve el programa de toda mi actividad literaria presente y futura, afirmación ésta que debe entenderse en el sentido de que voy a intentar transformar cada uno de los quince cantos que conforman la obra de 1972 en quince libros. El título del presente texto *El antiguo relato del principio* no es otro, por ello mismo, que el del primer canto de mi libro *Para deletrear el infinito*. Pienso escribir después un poema que se intitule *La bestíada*, como se llama el canto segundo del libro, luego otro que ostente el nombre de *En primera persona*, como se denomina el canto tercero del libro, y así sucesivamente hasta completar los quince libros que se inspiran en los quince cantos del poemario de 1972. Si me diera tiempo la vida y pudiese dar término a los quince libros que me propongo escribir, con inclusión del presente, podría publicar un nuevo *Para deletrear el infinito*, o *Para deletrear el infinito II*, que en vez de quince cantos poseyera quince libros. Y ya colocado en este carril de optimismo temporal, hasta podría imaginarme que una vez terminado el texto *Para deletrear el infinito II*, podría reemprender la tarea creativa y convertir los cantos de cada libro (los

cantos del presente valumen, por ejemplo, y las de *La bestíada*, etcétera) en nuevos libros, y así... al infinito.

Con el hecho de trasladar el título de *El antiguo relato del principio* desde el canto primero del libro *Para deletrear el infinito* hasta el texto que el lector tiene en las manos, quiero testimoniar que el libro trata el mismo tema que el canto (como va a ocurrir con cada uno de los catorce poemarios que tengo la intención de dar a luz después de éste); pero lo hace en diferente nivel. El canto lo trata a vuela de pájaro, de manera superficial y extensiva. El libro lo asume de un modo más concreto, profundo e intensivo. Y es que en esto, en el ir de lo grande a lo pequeño, de lo amplio a lo reducido, de la superficie al fondo, se halla también el infinito.

La pretensión de "deletrear el infinito" está destinada, sin embargo, al fracaso. Sólo Dios, si existiera, podría dedicarse a la *creación continua* de un poema de nunca acabar. Pero el que esto escribe es un ser precario que tiene, no sé cuándo, que interrumpir su faena. ¿Me quedaré en el libro *Aquí, con mis hermanos*? ¿Lograré escribir *La larga marcha*? ¿Veré publicado algún día *Para deletrear el infinito II*? Lo ignoro. Pero hay algo de que estoy cierto: me encuentro imposibilitado de "practicar el infinito." Sé que mi pluma se va a detener, tarde o temprano, en un punto cualquiera; sé que no hay escapatoria. Y mi poesía, y yo, y mi programa contamos con ello. Mi muerte ha de ser, por esa, parte de mi poesía. Sólo diré lo que quiero decir cuando me muera. La muerte no será el momento del *silencio*, sino el instante en que diga yo, por fin, lo que tenía que decir. Este drama, porque es un drama, no es algo únicamente individual: es el drama de todos, el drama, dialéctico, de lo universal y lo singular, de la vida y la muerte, del hombre y la naturaleza. Mi muerte es, entonces, parte de mi poesía, de mi operación de balbucir el infinito; pero como es, al propio tiempo, la forzosa frustración del quehacer humano, me obliga a pensar que posee un significado supraindividual: cuando muera, al tiempo que dé término a mi obra (en la forma imprescindible de lo trunco) *me moriré por todos*. "Deletrear el infinito" es, en consecuencia, todo esto: convertir el infinito en tema, lanzarse a la empresa de practicarlo y fracasar *necesariamente* tanto en su conocimiento como en su encarnación.

No pretendo cantar el infinito como si fuera un mero espectador; ni hundirme en el drama existencial de la muerte a espaldas del ser a perpetuidad de su presencia. Cuando mi pluma toma la palabra, lo hace para mostrar que soy, que somos, cuando lo somos, una etapa consciente, angustiada y vigilante, que nace y muere en el interior mismo de la materia eterna.

CANTO PRIMERO
DISCÓBOLO INVISIBLE

PIEDRA MUSGOSA, CABEZAL PEQUEÑO

No eres un trozo tú,
no eres un trozo,
no eres un trozo tú del firmamento,
venido a pique; no eres
la perdida pezuña de un pegaso
nostálgica de tierra,
ni tampoco el mensaje de otro mundo,
del más-allá-sin-Dios de otros planetas,
la roca que al fracaso
de la telepatía
–un embrionario don de ubicuidad–
se brinda pedestal en que se esculpe
el telegrama cósmico que indicia
seres ultraterrenos.

Célula de volcán,
célula de volcán es lo que eres,
algo del inconsciente de la Tierra
que emerge a la montaña o al camino,
hacia el lugar exacto
en el que mi geológico deseo
de saber de la historia de este mundo
(como el actor que inquiere
por la fuente ancestral de su escenario)
tropieza, da de bruces, de ignorancias,
y al no tener ni lengua ni memoria,
ni memoria ni lengua,
advierdo que me ocultas
la blindada verdad de tus entrañas.

Aunque estés (feligresa del silencio)
los labios apretados, temerosa
de la errata de un poro, te pregunto:

¿Cómo era nuestro mundo, el mundo nuestro
antes de que brotase
la flor de la pregunta, la mirada?
¿antes de que los párpados abrieran
su cascarón, soltando
sus minúsculos huéspedes que saltan
a picotear el ser de cada cosa?
¿cómo el tataraviento que en el aire
buscaba despeinar algún indicio
de porvenir humano
y deshojaba bosques
en que estaba lo verde conjugando
en presente de cetro su presencia?
¿cómo era el firmamento estrafalario
por donde de repente atravesaba
un ave que era sólo un dinosaurio
con alma de corneta?
¿cómo eran los crepúsculos, los óleos
que se hallaban sentados
en su propio esplendor
esperando las manos del artista?
¿cómo eran las galaxias y planetas
antes de que los hombres en la tinta
de la noche interior de su ignorancia
quisieran deletrear el infinito?
Pero callas y se hace
tu figura un sinónimo
del vocablo silencio.
Adobe de la Torre de Babel,
sirena de Odiseo convertida
ahora al cristianismo.
En un coro de mudos, la solista...

Y así estás mucho tiempo hasta que un día,
un día, un día, un día
queda el silencio ambiente,
la cámara de gas de los sonidos,
de pronto, con tu voz, descalabrado.
Das tu brazo durísimo a torcer.
A borbotones salen,
de cada poro tuyo,
palabras y palabras...
Preparo mis comillas

para citar tus frases textualmente.
Eres como la virgen,
como la virgen eres
que está en un vendaval
a dos hojas de parra de la entrega.
Te siento ser la nuez de donde arranco
la almendra del secreto presentido
por este paladar
de mi imaginación de hombre de ciencia,
paladar que me crece, que me crece,
hasta identificarse con el trazo
curvo del firmamento.

Mas hablas con mentiras y le tuerces
brazo a la verdad para que calle.

Murmuras que en el frío (cuando el agua
desganaba sus pies hasta ser hielo,
témpanos de infinito)
el calor ejercía su dominio,
hablaba con decálogos,
y en su centro incendiario producía
el rayo que no cesa.

Dices que en el calor, cuando la lava
construía los mapas del infierno
y a su avance las cosas se fundían
hasta perder su forma en el regazo
del anónimo ser incandescente,
la nieve recubría todo el valle
y el viento y su prehistórico trineo,
por sus fríos caballos arrastrado,
surcaban su epidermis.
Pero yo no me arredro, no me arredro.
Pero yo no me arredro, porque sé
que en tu materia gris, desmemoriada,
cultas, piedra mía, los recuerdos
de la flora y la fauna que se hallaban
a espaldas del reloj, cuando no había
ni creádose siquiera,
Adán y Eva del tiempo,
el tic tac inicial; guardas el mundo

en que desembarcó desde los mares
un muestrario completo de rugidos
cada uno encaramado en la precisa
cantidad que de patas le tocaba.
Desde el ciempiés que no tiene cerebro
hasta aquel que, trepado en dos pies sólo,
carga sienes arriba, en la cabeza.

Mientes por centenares
y por millones de años.

Mientes al mayoreo.
Haces del calendario un libro de humo.
Te burlas y me engañas.
Me dices: "nada hay nuevo bajo el sol"
como si no estuviera condenado
todo en el mundo nuestro a la cadena
perpetua de su tiempo
o ignoraras que todos los humanos
viven en los relojes sus grilletes.

Pero acabas diciendo la verdad.
Como si fuera yo tu sacerdote
me entregas, confesándote, tu entraña.
Y me dices, por ejemplo, que "el vocablo
creación es un vocablo que no tiene
un soporte distinto que la lengua,
que la mística lengua recubierta
con todos sus fantasmas de saliva."
O murmuras también que "las palabras
Adán y Eva no guardan más sentido
que el de ser dos especies de antropoides
que habitaban prehistóricos manzanos..."

Y me brindas entonces, piedra mía,
el antiguo relato del principio.

URANIA

A Arturo Azuela

Hubo un tiempo en que el sol,
el sol, un tiempo
daba vueltas en torno del complejo
de superioridad que poseíamos;
hubo un tiempo en que el sol, oh Ptolomeo,
–allá cuando no había
cuna en que se enmarcara la sospecha
de un Copérnico niño– daba vueltas,
daba vueltas en torno
de un ego colectivo sublimado
hasta ser el altar al mismo tiempo
que el feligrés incienso arrodillado.
Hubo un día en que el sol, el sol un día,
colocaba, obediente,
su tributo de luz a nuestras plantas,
mientras humildemente conducía
su paso translaticio
por su bien aprendida
lección elemental de geometría.

Mas la ciencia astronómica
–partida de ajedrez en la que tiene,
el que sufre delirio de minucias,
al infinito mismo de enemigo–
pudo lograr al fin la mayoría
de su edad con aquel, con los que fuesen,
que puso su cerebro al centro exacto
del sistema solar.
Se trataba de un sol al que podríamos
designarlo monarca, con un cetro
de leyes naturales en la mano,
aunque la gravedad, siempre incolora,
fuera eminencia gris tras de su trono.
Lugar en que las normas de la física
tendieron su cordel, el esqueleto

del compás con el cual se hacen los cielos,
trazando el derrotero de los astros,
la ruta curvilínea en la que encarna
el viaje de ida y vuelta a cada tramo,
el sitio en que el espacio, Discóbolo invisible,
perpetuamente arroja
su bumerang de puntos.

Mas Kepler, Galileo, Ticho Brahe
–tres ilustres ladrones
de secretos celestes, de la misma
pandilla de los einsteins o aristarcos–
ocultos por el manto de la noche,
y apuntando el cañón del telescopio,
al tiempo que saqueaban
de asombrosos enigmas el espacio,
le brindaron al sol y sus planetas
una rutina cósmica –que lleva
su propia eternidad bajo del brazo–
en que los siglos son tan sólo instantes,
relámpagos de tiempo.

Pero Laplace, el Darwin de los astros,
el hondero que arroja
un puñado de tiempo a las estrellas,
mostró que no era el sol contemporáneo
de la perpetuidad, sino que había
tenido que nacer y ver la luz
mirándose a sí mismo.

A partir de ese instante
podemos hoy seguir la biografía
del sol desde pequeño (una luciérnaga
que chillaba de luz)
y buscaba el pezón a la Vía Láctea
y apretaba en sí mismo la energía
para hacer la materia del primer
paso de su existencia,
hasta que en el futuro
sea tan sólo un astro fatigado
concitando al espacio rayos fríos,
rayos abominables de la nieve,
un sol agonizante y a la espera

de que la manecilla del reloj
se detenga en el caos,
y en la galaxia flote
su sistema tan sólo de recuerdos
en la mente de un dios inexistente.

LA PIEL DEL CÍRCULO

A Ernesto Mejía Sánchez

Al centro de la cuerda, el minuterero,
los instantes futuros, los horarios,
emprende el relojero
los golpes y los actos necesarios
para ensamblar al fin la biografía
de los hombres. Partero de esa cría,
oh célula de Cronos, numerada
para decir la nada,
la ayuda a bien nacer y a que no pierda
la atmósfera redonda de la cuerda.
Mas el tiempo no nace, ni ha nacido
nunca desde un reloj, que no es un nido
del cucú original de lo que existe
y toma lo que cambia por alpiste.
El reloj más bien se halla
en el tiempo. Saturno lo devora
como otro de sus hijos, y él estalla
tras de vivir, y calla
porque sabe que ha dado el tiempo la hora
de que deje él de darla desde ahora.

El hombre, constructor de la manera
de medir su existencia pasajera,
el que en el delicado mecanismo
del cronómetro insufla su aritmético aliento
el tiempo asimismo tiene asiento.
En verdad en el óvulo, que ha sido
fecundado,
conservase la estela
del pasado:
los ojos de la abuela,
un rincón descreído
del cerebro entusiasta de la tía,
la poesía
del padre, del abuelo, cuando es el apellido

la alcándara común de su armonía.
El óvulo es simiente
que anuncia ya en su seno ciertamente
la flor de una sonrisa; es cromosoma
donde el lunar que asoma
es ya la noche entera
que estará en lo futuro prisionera
del cerebro que se halla interrogando
por el qué, por el cuándo,
por el dónde,
como a toda neurona corresponde.
Nace entonces el vástago, persona
a quien pudo auxiliar la comadrona
de nueve meses íntegros; y a gatas
empieza ya sus largas caminatas
como cabalgadura
de toda travesura.
Tras de que, torpe, dice el primer diente,
llegan las restricciones,
negaciones de rostro, negaciones
que acaban por hacerse moretones,
el sistema jurídico incipiente
que sufre el pequeñuelo:
de jalones
de pelo
y alguna nalgarada que le deja
la histeria de una vieja.

Poco después el sexo se despierta:
tímido en su comienzo, abre la puerta
a un mundo sensorial que desconoce:
y en primera persona busca el goce
de la soñada amiga
que tiene más a mano...
hasta recolectar, con la fatiga,
un puñado de orgasmo adolescente
mordiéndole al manzano
su aroma únicamente.
Después, cuando la audacia lo reclama,
pulsando la estrategia de la cama,
sus tácticas perfila:
ojos en que el deseo se pupila;

manos en las que el tacto es dictadura,
mandato, mano dura
que esboza la caricia,
el sésamo de piel a la delicia.

Y están en el espasmo
anudados del cuerpo hasta el orgasmo.

Después vendrá el instante,
en que a su mano diga:
¿por qué frente a la ausencia de la amiga
luces esa memoria de elefante?

Blande el adolescente los venablos
que llevan el deseo como punta,
y atenta contra el himen de vocablos
como pena, rubor o resistencia,
vocablos que conjunta
la voz de esa muchacha a la que arrojó
una niña del ojo
que se me hace lesbiana
al verla graciosa y tan lozana.
Tiende el hombre después en su existencia
varias trampas de cutis excitado
al posible embeleso.
No ignora que la sola diferencia
entre el coito y el beso lo es de grado,
o mejor, si se quiere: del buen grado
con que la complacencia
es infarto sexual de la prudencia.
Sabe que su derrota está a la vista
cuando aquella muchacha que madura
en la audacia y la piel, con el refuerzo
de pezones en ristre, lo conquista
fácil, abiertamente, sin esfuerzo,
con la mano en la mórbida cintura.
Y lo sabe también cuando ella ahueca
el ala de querube hacia el pecado,
dejando de jugar a la muñeca,
con su cuerpo de niña hoy transformado,
que obliga, con la lógica formal,
a hacer de la potencia, acto sexual.

Tras de sentir tamaña
pasión en todo poro
de su cuerpo –panal que, a cada roce,
se cubre con el oro
de su goce–
nueve meses le crecen en la entraña.
El surco maternal abre su herida
hasta que pisa vida el vástago terrígeno
al sentir las nalgadas del oxígeno.

Y entonces el chillido
no es sino un yo en voz alta que ha nacido.
La leche, bifurcada en el cariño,
conduce de la mano al nuevo niño
en sus primeros pasos. Y hacia el fin se proyecta
la vida por la recta
final de las arrugas. Y el tormento
de presumir ya junto
de nuestro ser el punto
del último momento
que aunque se va acercando se diría
siempre en la lejanía.
Al venirse los años,
la muerte nos festeja los cumpleaños:
en el pastel las velas son avance
del cuarteto de cirios que en el trance
toca la marcha fúnebre, la danza
ritual de la mudanza.
Cuando el hombre fallece
un lobo en una peña se aparece
y al centro de los lazos amarillos
que bajan de un azul sin nubarrones
queda con jirones
de luna en los colmillos.
También el animal se halla
en la onda del tiempo. También ronda,
cronocéntricamente, a lo mudable,
aunque no piense ni hable.
Sarnosos, en la herida,
ponen la cicatriz de una mordida
sin cesar renovable,
esos perros enjutos
que se pasan royendo de por vida

su hueso de minutos.

Carabela zoológica que llega
a buen oasis siempre que navega
con céfiro interior en mar abierto,
al camello, que va de puerto a puerto
llevando lomo arriba el heroísmo,
le va su ser mismo
en la arena de tiempo del desierto.
Hasta ser él también un espejismo.
En menos de su canto, muere el gallo...;
mientras lleva el caballo encaramada
en su espalda la nada.
La longeva salud del elefante
se ve en un santiamén llena de oprobio
por las feroces fauces del microbio
de su postrero instante.
La bestia que agoniza en su camastro
sabe que su final está en el rastro
universal del tiempo que degüella
la bestia acompañada de su huella.

Más allá de la bestia están la ola,
el sol, la luna, el viento,
posturas diferentes del mismo movimiento.
Hasta el áspid que muérdese la cola
cambia también de piel porque el reposo
es tan sólo un intento pretencioso
de desterrar el cambio en el relato
de mi ciencia ficción de literato.

SEÑORA LAGARTIJA DINOSAURIA

Señora lagartija dinosauria:

¿no quiere que entre usted y yo formemos un poema?

Informe dragonzuelo,

ápice de pretérito en la palma de mi mano,

venga acá,

acomódese en esta estrofa,

mézase en el columpio consonante que va de verso a verso.

Señora lagartija:

regáleme una gota de su sangre

para cargar mi pluma

de toda la prehistoria.

Que se nos venga encima

el alud armonioso de la rima.

Guardemos la respiración cada vez que pase un dinosaurio.

Hablemos de las nubes compungidas,

antes de que en el Arca de Nosé

lograra mi *bestiada* salvarse.

Lagartijaura amiga:

vayamos hacia atrás, como el cangrejo

que camina en pretérito perfecto.

Describamos un mundo

antes de sus testigos,

solitario,

y a la mitad del cual se halle el volcán activo

por donde a borbotones salte,

se desparrame

mi poesía.

CANTO SEGUNDO
LOS SECRETOS DE ANTEO

CAMPOS DE SOLEDAD, MUSTIO COLLADO

I

Cuando te conocí,
sobre los hombros
soportaba aquel cadáver
que, con su peso, tenía
mis músculos agrietados...

Cómo ser enterrador cuando es la amada
a quien resulta preciso
ir a enterrar, arrojarle
paletadas
de adioses, tierra, silencio,
y ponerla por debajo
de la lápida mortuoria
de la palabra *jamás*.

Por eso, cuando te hallé
soportaba en los hombros
un cadáver
insepulto, vivo, eterno
e ignorante del reloj agusanado
con que se mide lo efímero.

Si andaba con torpeza,
es que resulta imposible
sostener
durante arios un cadáver
sin fatigarse y sudar,
como yo, hasta por los ojos...

II

Al mirar que mis hombros, con su carga,
son imán de cadáveres,
tú, la recién venida, me conduces
al corral de parcelas roturado
por la muerte agrarista que adjudica
a cada quien la tierra en que podamos
convertirnos en tierra.

Al partir hacia allá, buscas colgarte,
de mi congoja más que de mi brazo
y miras en silencio que me acerco
al borde de la fosa ya habitada,
con idéntico gesto al que mis lágrimas
se aproximan al borde de los ojos.

III

Unos días después
intentó el paraíso
–una juguetería sin relojes–
dar su golpe de estado
y brindarle a la luz
la dictadura.
Y estábamos los dos dándole a un beso
los últimos retoques.

IV

Fue entonces cuando descubrió mi nigromancia,
leyéndote la mano,
que estaban abrazados
a mitad de la palma nuestros sexos.
Y yo puse en el centro de mi alcoba,
un lecho construido, a toda mano,
de tacto enteramente.

V

Optamos por ser uno, le tendimos
eficaz emboscada a nuestros límites.
Provincianos los dos
de nuestras soledades respectivas,

nos fuimos a encontrar
en la urbe de almidón donde formamos
un triángulo amoroso con la almohada.

Cargamos de grilletes el pudor.

El río de las manos
se desbordó de tacto
y dejó los sentidos inundados.
Éramos dos en uno:
coito de la pregunta y la respuesta.

VI

Mas de repente un día,
al tomar nuestras manos
sus lecciones de cuerpo en las tinieblas,
apareció un zarpazo y una gota.
¿Es un charco rojizo en el que hierve
la infinidad de peces de los glóbulos
que vampiran mis venas
y al que arroja la anemia sus anzuelos?
¿Se trata de una lágrima que rueda
como haciéndole al ojo lo que el ojo
de Edipo, tras de ver todo lo visto,
le hizo por fin al rostro?

VII

Sobrevino la calma.
Una bandera de leche
alimentó las esperanzas.
Pero no era en realidad
sino la paz envenenada
de la tregua.

VIII

Y cada uno
descendió en la escala biológica
al animal adecuado para acechar al otro.
En veces, era un rinoceronte,
la artillería pesada de mi espíritu,
que luchaba con furor

contra tu abejorro de bengala
y su estrategia de guerrilla alada.

Otras, un canario ponzoñoso
o esa encarnación bestial
de una idea fija que es el tábano,
enemigo mortal
de tu escorpión y su rúbrica
de veneno...

IX

Luchábamos a corazón partido,
a ráfaga de puños,
a sangre desbocada,
a te aguardo serpiente
si me esperas pantera.

X

Era tal el dolor
y la sangre invisible del quejido;
era tal el dolor
y tan profundas las tarascadas
que me arrojaba la herida
(fauces del enemigo ya en mi carne);
era tal el dolor y tanta angustia
que hablaba hasta por las llagas de los codos,
que una noche,
toda llena de sepulcros y de música de balas,
desenterré el cadáver
y en mi lecho arropé su purulencia.

XI

Las caricias de la muerta
dejaban, sin embargo, en mi epidermis
un rastro de gusanos...

XII

Era un extraño triángulo:
un hombre,
una mujer,

un puñado excitado de células sin vida.

XIII

Viva y muerta, las dos,
las dos eran desiertos en sí mismas;
mas desde una, la otra era un oasis,
y yo, como un beduino
que fuera caminando por la línea
de la circunferencia de lo eterno
sin poder detenerse,
me encontraba
en el viaje redondo de una rueda
que hilaba nuestras vidas
hasta que el nudo ciego en que se unían
no miraba en qué forma
pudiera deshacerse.

XIV

Pero logré fugarme
como el preso que horada las paredes
de su prisión, poniendo el explosivo
de un "hasta aquí" resuelto, que haga polvo
la insolencia de piedra que intentaba
hacer que yo calzase unas raíces,
y viera, como el árbol a sus aves,
tan sólo en libertad mi pensamiento.

XV

Contemplé de repente que mis hombros
cargaban dos cadáveres, dos alas corrompidas,
un cielo hecho tarántulas azules.
Al esfumarte tú, nada quedaba.
Dónde está el camposanto, amigos míos,
dónde, que quiero yo, con mis dos muertas,
arrojarme a la fosa.
Dónde están los cajones del ropero,
las bolsas de mi traje,
mis manos apretadas,
para buscar si ahí se halla la llave
del suicidio.

XVI

Creí que se tornaban
los puntos cardinales en los cuatro
jinetes de la Biblia,
convirtiendo mi brújula en la caja
de Pandora. Creí que los corceles,
corriendo en el hipódromo del caos,
harían que las cosas y los hombres
se vieran contagiados por la peste
de la nada.

Mas todo: cielo, tierra,
montaña, prados, ríos,
siguió el curso de siempre, como un drama
en que el apuntador de todo fuese
la indiferencia cósmica a mí duelo,
porque estamos rodeados, porque estamos
rodeados de materia, el otro nombre
que se usa para hablar de nuestra ausencia.
Creí que el mundo, ante el humano asombro,
iba a caer envuelto en el escombros
de la ruina total del firmamento;
pero vi, con mi abuelo, en paz la altura,
sereno el campo, la corriente pura,
el monte azul y sosegado el viento.

PARA LLEGAR A LAS MANOS

No es la daga el armamento
mejor de cuantos existen, instrumento
–con su lagrimal de sangre– que difiere
de la espada porque hiera
teniendo un odio más íntimo, cercano,
un odio más a la mano.

El puñal es una espada que se encoge
al tamaño que le escoge
la disputa,
mientras brinda, vacilante,
sus primeros pasos rojos en la ruta;
estilete que en la riña
del rufián beligerante,
es el pico de un ave de rapiña.

La mejor arma existente, no es la espada
carnívora, ni el vampiro
que se esconde en su cuchilla,
la que se encuentra afilada
de modo que en su estocada
lleva también la puntilla, lleva el tiro
de gracia de todo acero,
ni es la nada que blande el mosquetero
contra el rival de tal suerte
que en un duelo, si es a muerte,
leva un hombre
el de Damocles por nombre.

Pero quizá no se encuentre
tampoco el arma mejor en la de fuego;
en la que carga en su vientre
un haz de puntos finales, e finales
de juego.
Cuatro cirios son la prueba irrefutable

del que resulta culpable:
la prueba de parafina
del que dispara y atina.

Los armamentos mejores
no son los que se generan en el cielo:
las nubecillas de lepra y sus motores
con que levantan el vuelo,
teniendo, por copiloto, la matanza
de todo lo que la vista les alcanza.

Una buena puntería
da en el reloj, en la sangre y en la historia;
también en el *todavía*
residual de la memoria.

Ni es el arma nuclear, la más perfecta;
la que los aires abyecta,
la que irriga su ponzoña
y levanta carretadas de carroña
mientras escurre de un seno
una estría de veneno.

Hasta la silueta negra
de un buitre que está esperando su trofeo
prendido en el alfiler de su aleteo,
de pronto se desintegra.

Para vencer en la lucha contra todo
lo natural (cielo, tierra, luz y lodo),
las manos son nuestras armas esenciales:
frente a las nubes que vuelven verticales
los ríos, alzan castillos,
una choza o una escuela:
un "se prohíbe la entrada" de ladrillos,
adobes, lascas, abrojos;
frente al cierzo que congela
las lágrimas en los ojos
eternizando el suplicio,
preparan su zancadilla de franela,
y entonces, con un ropaje ya propicio,
el calor cada persona
poco a poco se abotona.

El verdadero armamento está en las manos;
es el poder tras el trono del ariete,
de la pistola, la barca
de guerra, los milicianos
ademanes de la Parca,
el valido que se cuelga, como arete
de consejos, en la oreja del monarca.

Al mirar, en la existencia,
la pesada artillería de manos con experiencia,
se me ocurre, mis hermanos,
que hay que llegar, contra todo,
(cielo, tierra, luz y lodo)
a las manos, a las manos.

LA HISTORIA DE SIEMPRE

Hacia las diez y media de la noche,
cuando la luna imponga, caballeros,
su dictadura pálida,
yo me conduciré como los otros:
apresaré la mano –sí, la mano–
de tu consentimiento;
pediré, con la boca arrodillada,
que me beses;
tejeré con caricias una ropa
finísima interior para ponértela,
y haré que en un recóndito paraje,
cuando la picadura de una serpiente
te inyecte excitación por todo el cuerpo,
matándote de golpe
los defensivos glóbulos de duda,
acceptes que los dos organicemos
un safari de orgasmos...
En realidad no hay nada, caballeros,
nuevo bajo la luna.

INVOCACIÓN

Por el amor del mundo,
 mundo,

déjame
vivir el aposento
de mi interioridad,
amores, dudas,
las vísceras del alma.

 También déjame
tender una alambrada de anestesia,
toda una barda sorda
a los requerimientos
 y la astucia
de tus salvoconductos.

Por el amor del mundo,
 mundo,

déjame
clausurar mi mansión, a piedra y perro,
a cancerbero insomne, insobornable
y obligar, como Ulises, con la cera
 –mástil de los oídos–
a que la voz lanzada tras mi busca
quede, fuera de mí, desgañitada...

POEMA DE LOS VIAJES

I

MICRONÁUTICA

...irresistible deseo de dar en un átomo
mi primer recital de poesía.

E.G.R.

1

Pasaré mis vacaciones
en el ojo de una hormiga.

2

Para acceder al átomo
en esta esquina estoy
aguardando que pase el último
diminutivo.

3

Micronauta, al llegar a mi destino,
tocando las paredes
del poro en que me encuentro,
saboreo mi amnesia
de gigante.

4

¿Qué cuál es mi profesión?
Soy geógrafo de un añico.

5

La palabra diminuto
me sirvió de pasaporte.

6

A todo micronauta nos resulta
imposible pensar en la astronómica,
es como si la nada
se pusiera a estudiar ontología.

7

El no-ser tiene su inicio
cuando el ojo de la hormiga
parpadea.

8

Deberemos cuidar en este mundo
el ánimo de toda bestezuela
visible: los gusanos.
los grillos, las luciérnagas,
pues un suspiro adquiere proporciones
aquí de vendaval
y una lágrima haría
que la tierra quedase derrotada
sin una sola astilla de Noé
–el vedado alimento de las olas–
para salvar microbios por parejas...

9

Desde aquí puedo ver
el imprudente falo microscópico
del espermatozoide.

10

Y el vello con que oculta
la v de la victoria
de su coquetería,
el óvulo más próximo.

11

La madre primordial, Eva que estrena
sus entrañas. En fin:
una célula encinta.

II

ASTRONÁUTICA

...ya le he puesto letra a la música de los
astros una noche en la árida montaña...

E.G.R.

1

Hacia arriba arrojábamos
el papalote místico de un ángel.

2

Al momento mismo de pisar luna,
abandonó su traje de astronauta
y, desnudo,
con priapismo en el deseo,
corrió a buscar un árbol
y una serpiente.

3

A la constelación Tauro quería
arrojarle la cuerda de mi tinta
para tener la audacia
del abigeato lírico de Góngora.

4

¡Qué dificultad va a haber
de hacerse de otro mundo:
es el huevo de Gagarin!

5

El lanzamiento
tendrá lugar
a las 9 horas
en el Cabo Ray Bradbury.

6

Y apuntando en las sienas del piloto,
dijo el aeropirata: "al otro mundo".

7

En mi primer
viaje a la luna,
como quien no
quiere la cosa,
arrojaré
desde la nave
hasta el espacio
mi poema,
con la intención
de que se mire
dando vueltas
por siempre
alrededor
de nuestro mundo...

8

Falso que se peldañe la primera
piedra del infinito en esa lápida
con que nos dan la espalda los ausentes;
no es el morir cohete que conduzca,
después de despegar de la agonía,
base del pretendido lanzamiento,
a la virginidad de otro planeta.
¡Hombres de mucha fe
qué pobre combustible es el incienso!

III

NÁUTICA

...Viejo amante del mar o viejo lobo
de su idea o imagen...

E.G.R.

1

Qué insensato creer hallar un día
la especie de pez-ancla
en la inquietud sin islas del océano.

2

Humilde camarote
del timonel honrado que deshoja
la rosa de los vientos
del número de pétalos preciso
para hallar la respuesta.

3

Relato del principio,
cuando tres carabelas celulares,
tripuladas de albúmina, iniciaron
su viaje al Nuevo Mundo.

4

Capitán soy de este barco
con las velas desplegadas
y el anda
pescando en el fondo del mar
el vocablo
de lo inmóvil.

La tierra y el viento
se disputan
mi navío.

La tripulación se salva
por la salida de emergencia
de una tabla.

Pero los oriundos de la Atlántida
deciden,
como yo,
no abandonar la cubierta
aunque el pirata del agua nos aborde.

LA FLACUQA

DEL

HIDALGO

Y

LA FLACUQA

DEL

ROCIN

Y

UNA:

SE TRATABA

DEL

CENTAURQ

DE LA TRISTE FIGURA...

EL FANTASMA QUE
DON QUIJOTE
SINO
UNA
TIZNA
ES QUE HOY
ES

L
A
L
I
N
E
A
C
O
R
T
A
D
E
A
L
D
O
N
N
A
L
O
P
E
N
Z
O
A
B
U
L
C
I
N
E
A
D
E
L
T
O
B
O
S
O
P
O
R
Q
U
I
J
O
T
E
D
E
L
A
M
A
N
C
H
A

DIKOSA
EADU
FAULLA

ENAU{NO S{A

NEPARIQ

QUE{AUS
EADU
EADU

LA GUTRAILLA

DE DON
QUIJOTE

Y

SANCHO

EPITALAMIOS EDÍPICOS

I

Al momento de limpiar el puñal,
en el que aún se hallaban varias letras
de la palabra padre,
Edipo pudo al fin
sacar de su caja fuerte,
y arrojársela en su lecho,
toda la colección, rica, variada,
de mentadas de madre.

II

En veces, en el lecho con Edipo
los senos distraídos de Yocasta
destruían su olvido levemente.

III

Todo descendiente de Edipo,
para liberarse del destino,
tiene que dejar de creer
en el dios de la fatalidad;
pero quien abandona la creencia de dios,
y muere y es enterrado,
mata de nuevo a su padre
y se acuesta con su madre.

IV

En Colonna, ciego,
Edipo decía franciscanamente:
hermana agua, hermano lobo, hermano árbol,
y, volviéndose a Antígona:
hermana hija.

MITOLÓGICA

Apolo, dios del sol,
huía tras de Dafne y otras ninfas,
despreciado...
Sólo Clímene, su esposa, lo aceptaba
como el pan de cada nove.
Y él, rabioso,
"nada hay nuevo bajo Apolo"
sin cesar se repetía.

MADUREZ I

La del sátiro viejo que murmura:
¿no es necesario ya
mujeres más
que deje de pensar con las neuronas
de mi falo?

MADUREZ II

Decrépito, cansado,
antes de fallecer, el viejo sátiro
se puso a repasar
el sin cuento de cuentas
que hacían su besario.

CANTO CUARTO
LOCURA E IMAGEN

EL MUNDO DE LA VERDAD

Entre los mundos que hay en el Universo,
hay uno,
donde sus habitantes "saben la verdad."
Tienen la constitución física necesaria,
tienen la constitución social necesaria,
tienen la constitución familiar necesaria
para "saber la verdad."
Y la saben.
Aquí, cuando nace un niño,
y no hay día en que no nazcan un niño y un día,
en vez de lanzar un villido animal,
llora razonable, meticulosa,
sabiamente.
Es un mundo de tres continentes:
la afirmación,
la negación
y una leve jaqueca por pensar en ello.
En el "mundo de la verdad,"
que se halla entre Blefuscu y Brobdingnang,
todos los días, hacia la madrugada,
se pasan por las armas,
dos o tres sofismas,
doce apariencias
y veinte ilusiones.
Si alguien interroga: "¿existe Dios?"
Todos, al unísono, responden:
"la muerte existe"
y "existe la pregunta"
y "existe un Dios que existe
en la pregunta".
La pura verdad.

Los boletos para ir al sitio donde "se sabe la verdad"
pueden ser conseguidos
en la Oficina General de Viajes Improbables.
Haga sus reservaciones.

EL DINOSAURO NOSTÁLGICO

El violín
salió de una cajetilla de fósforos,
era un violín más pequeño que una nota musical.
Pero una vez que apareció
y abandonó su vientre cuadriforme,
una vez que sintió un mínimo arco sobre él,
empezó su crecimiento hasta llegar al tamaño
de un violín adolescente, normal,
al tamaño de las piezas y conciertos
que caben cómodamente en los oídos.
Pero no dejó de crecer,
siguió haciéndolo
y era ya un violín del tamaño de la viola,
del violoncello,
del contrabajo,
y, rompiendo los límites,
adquirió el perfil de lo francamente monstruoso:
para tocarlo, arco en mano,
había que recorrer la sala de conciertos
de un extremo a otro con toda velocidad;
era un violín elefante,
un mastodonte de cuerdas,
un dinosaurio nostálgico.
Pero nada puede crecer ilimitadamente.
Empezó a decrecer,
a sentir los llamados de la nada.
Llegó a su tamaño normal.
Siguió empequeñeciéndose hasta que fue tan diminuto
que se le pudo guardar
en su cajetilla de fósforos.

PARÁBOLA DEL MANICOMIO

Con la bolsa cargada de orejas,
abandonó el pueblo.
Lo abandonó a las dos y media de la madrugada.
Cuando aún no había despertado en el interior del gallo
el cucú que lo incita a cantar.
La policía lo buscaba por todas partes
y él tuvo que protegerse con el manto nocturno.
Pero la bolsa estaba agujereada
y fue regando las orejas humanas por todo el camino...
A las once de la mañana,
sintió que lo seguía una turbamulta
y hasta logró escuchar:
"agarren al ladrón de orejas."
Apresuró el paso.
Y fue cuando sintió la presencia de los perros.
Venían tras él devorando las orejas
caídas en el camino.
Cuando los sintió demasiado cerca,
presa del terror,
les arrojó la bolsa de orejas entera
para entretenerlos,
mientras él buscaba un árbol
en el cual esconderse de sus persecutores.
Y fue el festín de la jauría.

Al final sólo quedaron dos perros
peleándose por una oreja
a dentelladas.
Después, la soledad.
Bajó del árbol. Entró a otra población.
Compró una bolsa.
Y tuvo que salir por la noche
mientras iban regando el camino
las afiladas lenguas de los pobladores.
Nadie pudo decir entonces:
"agarren al ladrón de lenguas".

AÑO PRIMERO, DEL UNIVERSO SIN MAR

A escondidas

me llevé el mar a mi departamento.

El robo del siglo

fue a las tres de la madrugada

cuando un sapo moría por haber ingerido

un mendrugo de pan envenenado.

Los vecinos

me tocaban la puerta todo el día

quejándose

del ruido.

Los poetas se tronaban los dedos,

como un corazón con un solo latido,

angustiados,

los pobres,

de vivir la sequía del mejor de sus temas.

Todos los periódicos del mundo dieran la noticia.

Se ofrecieron las más ricas recompensas

a quien informara del paradero del océano.

Pero nada.

En las costas tan sólo había quedado

la inútil insistencia de alguna que otra

caracola.

Se pudrieron los peces,

se pusieron su trajecito de asco,

el hipocampo galopó a su nada,

el pulpo fue a dejar junto a la piedra

su hato de ropa sucia.

Las ballenas anclaron en su propio esqueleto.

Los tesoros hallados en el fondo del mar

eran hermosos

—el fondo del mar mismo,

y el cofre de pirata que tenía

el mapa para hallar precisamente

el mar raptado.

Pero no compensaban la pérdida.

Y eso era grave.
¿Cómo es posible –decía un capitán
fumando y dando golpes de recuerdo al humo–
que el mar se haya perdido?

Y mi rapto ¡qué boicot a la vida cotidiana,
a la normalidad,
a la pesca,
a la poesía!

El mar no huyó por sí.
El mar –todos lo saben– carece de conciencia.
Analfabeto, ignora la o por lo cuadrado
y es un ojo de vampiro a la izquierda.
Sabe decir sirenas y en las sirenas cantos.

Pero a nadie
se le ocurriría que el mar
tomara un día la decisión de alejarse
de su sitio
y perderse por estas tierras de Dios.

A nadie se le ocurriría.
Alguien, entonces, vino
y a escondidas se llevó
el mar a su departamento.

UN PUNTO

Había una vez un punto.
Un punto final.
Estaba al término de una frase temblorosa.
Pero no era un punto final cualquiera,
no un pozo y seguido sino un pozo final.
Y lo que es peor: un pozo sin fondo.
Todos los lectores, al llegar a él,
se sumergían
y ninguno podía
volver al mundo, a la cotidianidad,
a los "buenos días, mamá,"
al "déjame hacerlo, Mariquita, no seas así"
o al "ni modo, camarada, hay que seguir."
Era un punto irascible,
un poro por el que brotaba la saliva de la rabia.
Un punto rebelde.
Una bomba de eternidad.

Ah, cómo querría
que todos mis poemas
terminaran con ese punto,
en ese punto,
a ese punto.

POÉTICA

Era un nuevo poema,
un sueño sorprendido al pasar de puntitas en el cráneo
y era un nuevo fracaso.
Iba a decir: "tiene que ser Dios,"
pero no.

Buscó otros vivos expiatorios.
La tía.
El apendicitis de la novia.
El jefe de la oficina.
Su falta de conciencia.
Falsas explicaciones.

Se quedó viendo la pluma:
una pluma que iba a levantar el vuelo,
en el papel,
para formar la letra t.
Y cayó en cuenta del por qué de sus poemas inútiles,
intrascendentes,
hechos para el librero más que para la lectura.

La razón estaba en la tinta.
De plano hay que anotarlo: en la tinta.
¡Eureka!, pensó decir, pero tachó rápidamente,
avergonzado,
a ocurrencia en su mente,
como quien se queda a orillas del ridículo.

La tinta
La tinta comercial, azul negra,
roja, verde.
Tinta que un muro entre su inspiración y el papel.
Tinta traidora, tinta engaño,
tinta en que su pensamiento se ahogaba.

Pensó entonces en otra tinta:
la tinta-prolongación-de-su-ser,
la tinta-interna,
la tinta que fuese la mensajera honrada
de su vida interior.
Y, viendo recelosamente a derecha e izquierda, escribió:
la tinta-sangre.
"Escribiré mis poemas con sangre," dijo, tembloroso,
y se quedó dudando, apenas la dijera,
del buen gusto de la frase.

Buscó una aguja.
Agredió a una vena.
Cargó su pluma con una gota.
Todo cambió a partir de ese momento.
La pluma, enloquecida, empezó a escribir sola.
Parecía enredarse en la madeja de tinta roja de la inspiración.
La pluma llevaba en los hombros al poeta.
Y éste, a partir de entonces,
antes de escribir,
devastaba sus venas, sus arterias.

Cuando su impulso lo llevaba a garrapatear
un breve poema,
como un fuego de artificio en un átomo,
no importaba;
pero cuando pretendía hacer un largo escrito,
una epopeya,
entonces sufría su salud
y la palidez ganaba carne.

Al paso del tiempo,
el poeta, marchito,
con el haz de musas en la mano,
vio de repente un día
que a su pluma,
al claro de un rayo de su propio ser lunático,
le salían dos pequeños,
breves
e imperceptibles
colmillos.

CANTO QUINTO
POEMAS QUE NO CREEN EN DIOS

INTROITO

Lo sobrenatural y sus temores,
la locura y la imagen,
todo resulta un humo que despide
la materia.

Por eso, amigos míos,
quiero formar un ramo de poemas
que carezcan de fe. Mueran los dogmas
y la sangre de incienso
que corre por sus venas.

No hay coloso, mi hermano, no hay coloso
que pueda disfrazar,
con pasos de ballet, sus pies de barro...

NI MODO

El Obispo de Hipona dijo un día
"para hacerte de Dios
debes cerrar los ojos."
Pero yo, en galerías interiores
que exhiben en sus muros todo tipo
de ideas y recuerdos
tengo una exposición sólo de dudas
y al final un mural en que se extiende,
victoriosa, la nada.

CUANDO NOS DELETREA EL INFINITO

Para mirar bien el episodio,
el mocosito incidente de materia
que somos,
hay que volver atrás los ojos:
ahí está nuestra madre,
y el abuelo,
la tosca margarita de la cáscara de plátano
que arroja al suelo,
desde una rama,
nuestro antecesor.
Y los peces y el mar
y el infinito.
Y una materia confabulada
para no dejarle materialmente sitio
a Dios.
Pero hay que volver los ojos
también hacia adelante:
ahí están mis tres hijos,
y mi nieta,
y la conversión de México en socialista,
y la Tercera Guerra,
o el inicio de ella,
o el amago de ella.
Y más allá, de nuevo el infinito.
Un punto, pues, entre dos infinitos.
Y todavía quieren que me siga haciendo pendejo.

EL MÁS ALLÁ

Es en verdad siniestro
saber, ojos, mis ojos, que hay gusanos
de ultratumba que aguardan su banquete
de miradas... Siniestro
que ha de llegar el día en que los senos
de la mujer que yo amo
estén agusanados
o que el dedo meñique
de alguno de mis hijos
se halle de larva en larva.
Es en verdad siniestro.
Es en verdad siniestro,
siniestro es en verdad
saber que microscópicos chacales,
con su risa invisible,
han de luchar a muerte,
para ver quién devora
el último centímetro de células
que a los dos, a los tres, a todo mundo
nos reste en el futuro.

EL COLMO

El gorrión, renqueando, veía
a la calandria
chorreando sangre.
Un mirlo pequeño quedó reducido
a un muñón de trinos.
Con el ala rota,
siguiendo con la vista
el avance de la gangrena,
el turpial soltaba
un gorjeo de pus.

La paz fue la primera baja.

Una parvada de heridas infectadas
alzó el vuelo.
Y en la mente del ave más sensible:
el angustiado sueño de,
por amor de Dios,
alguna jaula.